

REVISTA APÍCOLA

PRIMERA PUBLICACION ESPAÑOLA

DEDICADA AL DESARROLLO Y PROPAGACION DE LA APICULTURA MOVILISTA

FUNDADA Y DIRIGIDA POR

D. FRANCISCO F. ANDREU

Dirijir toda la correspondencia al Director, Isabel II, 58.—MAHON.

Año V.

MAHON, JULIO DE 1895

Núm. 7

PURA MIEL DE ABEJAS

Se figuran algunos profanos en la materia, que nosotros los apicultores modernos nos gastamos cantidades respetables de azúcar para aumentar nuestras cosechas de miel y cera. Esto es un error que nos apresuramos á rectificar, pues que no hay nada tan puro como la miel de la abeja, ni está al alcance del hombre el perfeccionar lo por la sabia naturaleza ya perfeccionado.

No señores. Nuestras grandes cosechas son únicamente debidas al estado próspero de las colmenas, las que siempre así se conservarán si el apicultor tiene el buen tino de partirse con ellas la ganancia y no esquilmarlas ni destrozarlas en su avaricioso afán de cosechar de lo ajeno. Ni una libra de azúcar ni de miel hemos prodigado el año pasado á ninguna colmena. Esto sí. En varias ocasiones un panal de miel ó de cría y miel ha sido sacado de una colonia poderosa y traspasado á otra cuya falta de elementos y de alimentos la llevaban retrasada.

Esto es un deber que todo buen apicultor tiene que cumplir, so pena de que su apiario se vuelva semi-fijista y por consecuencia desdichado é inproductivo. A los enjambres también conviene á veces suministrarles algunos refuerzos líquidos la primera semana de su toma de posesion, ó añadirles un panal de cría y miel para su sustento.



Todo lo que de esto se pasa lo consideramos de mala ley y contra las buenas prácticas. Y como consecuencia la miel por nosotros cosechada y espendida es el producto puro de las abejas.

DANDO AL CÉSAR, ETC.

Como habrán notado nuestros lectores, una parte considerable de la REVISTA APÍCOLA se compone de traducciones de publicaciones extranjeras. La nueva teoría de la «Misión de los Zánganos», por ejemplo, publicada en el número anterior, fué por nosotros traducida de las páginas de *L' Apiculteur* de París, cuya importante publicación se valdría sin duda del original ruso, etc. etc. Pero el ímprobo trabajo del traductor se vuelve á cada momento más pesado causa la necesidad imprescindible en que se vé de recisar y acortar los originales, de los cuales solo á veces saca el jugo. De toda manera, nuestra publicación nunca olvidase de dar crédito completo al colega cuya obra le sirve de tema y solaz para sus lectores.

Siendo esto evidentemente justo, convendría también que nuestros queridos colegas obrasen con igual esmero, no olvidándose de mencionar las publicaciones de donde saquen sus noticias. Este es un deber de compañerismo que todos acatamos con gusto, ya que gustosos nos valemos de las labores de los demás para nuestras respectivas publicaciones.

La REVISTA APÍCOLA, pues, procurará siempre cumplir con este deber, y ruega á sus hermanos en la prensa que si de sus páginas sacan alguna que otra noticia ó articulillo, se sirvan mencionar á la REVISTA con todas sus letras; otro objeto no tenemos que el de ser de utilidad á nuestros colegas, por lo que siempre nos alegramos al ver algun artículo nuestro por ellos reproducido; pero dando al César, etc.

CORRESPONDENCIA DE NUEVA YORK

Gustosos damos cabida en las páginas de nuestra REVISTA á la siguiente correspondencia apícola, producto de la bien cortada pluma de nuestro amigo y *cuondam* apicultor, don Antonio Taltavull, hijo predilecto de nuestra *roqueta*. El señor T. es buen apicultor y mejor patriota, pues nunca ni por un momento se olvida de la madre patria. Nuestras más espresivas gracias al amigo ausente.

FÍATE DE LA VÍRGEN Y....

Allá por los años 1885, había una estafeta de correos sobre la vía férrea de Louisville and Nashville, á unas... millas de Nueva Orleans. El administrador, hombre de unos cincuenta años, de cara franca, ornada con luenga barba entrecana, se dedicaba á cultivar un terreno de su propiedad, á beneficiar abejas de miel y curar fibra vegetal para colchones, porque la compensacion de su empleo oficial en aquel lugar clasificado de estacion de cuarta clase, apenas si cubría el gasto de quinina que constantemente se administraba para no caer víctima de insidioso paludismo.

Nosotros teníamos un apiario á unas tres millas de distancia de la estafeta é íbamos á ella dos veces á la semana á recoger la correspondencia. Llegamos por este motivo á contraer amistad con el administrador. Un dia nos dijo: «¿No quiere usted ver nuestro pequeño colmenar? Algo les pasa á las abejas este año que las mantiene en un estado de agitacion continua.» Debajo de una especie de emparrado y asentadas sobre unos tablones había unas veinte cajas pintarrajeadas, de todas formas y modelos. Pocas eran relativamente las abejas que circulaban por el contorno. La temporada de la miel apenas había empezado y el dulce escaseaba en el campo. «Abra usted una colmena», le dijimos á nuestro acompañante. Y destapó una forcejando la tapa con un cuchillo. Con gran sorpresa nuestra el hombre no se había cubierto la cara con un velo, y al llamarle la atencion sobre ello se nos echó á reir diciéndonos: «Yo no lo uso nunca, los bichos esos me conocen

y no me pican.» «Pero pueden picarle cuando menos se lo piense usted», replicamos.

No sin algún recelo nos acercamos á la caja cuyas abejas revoloteaban fuera, y examinamos algunas ceras; no contenían cría, ni miel; las abejas eran pocas en número. Involuntariamente pensamos en las que habíamos dejado atrás en nuestra finca, donde no había colmena que no estuviese á la sazón bien poblada *and ready for business*. ¿Qué piensan ustedes, lectores nuestros? El buen administrador abejero, indudablemente por no saber más—aunque era judío—tenía sus abejas poco menos que muertas de hambre; habían pasado la estación muerta ó sea el invierno con exiguas provisiones y se morían como atacadas de epidemia. La abeja maestra no tenía cría por no haber en la casa con que alimentarla.

Nosotros que hemos querido á las abejas como hijos propios, aunque parezca exageración, nos indignamos ante tan criminal descuido y hubimos de decirle á aquel hombre, á quien nuestra imaginación nos representaba en aquel instante con todas las trazas del judío: «La codicia rompe el saco. Si usted no les da miel ó jarabe y cresa á esas abejas antes de un mes se habrán muerto ó le dejarán desiertas las cajas.» Y sin aguardar respuesta saltamos al lomo del caballo, y al cuarto de hora estábamos en nuestro colmenar escuchando el zumbido alegre de las bulliciosas abejas que ni en aquel ni en otro invierno han conocido las privaciones ni el hambre.

Tres meses más tarde, terminada la estación laboriosa de la miel y vendida en Nueva Orleans cuanta habíamos extraído, nos encaminamos otra vez á la estafeta de correos consabida. El administrador no estaba á la vista, pero sí su mujer vendiendo sellos y repartiendo la correspondencia. «Qué es del *postmaster*», la preguntamos. «Pero usted no sabe, repuso medio sonriendo, un día de este verano cuando él estaba castrando las colmenas, los insectos de súbito se le echaron encima y por poco no me lo dejan ciego. No hizo caso del conseo que usted le dió de ponerse un velo y ahora se encuentra tan mal parado.»

Y era verdad: en un cuarto contíguo y á media luz, estaba la pobre víctima con la cara cruzada de vendajes; tenía la

nariz hinchada cual un huevo, los ojos muy hundidos y sin lustre. El hombre estaba desfigurado; nos alargó la mano y habló así: «Yo creía que el hombre dominaba siempre con su mirada á los animales inferiores, por esto no temía yo que las abejas me picasen; pero me han inutilizado; mi mujer las cuida ahora y se pone un antifaz.» A lo que nosotros agregamos para concluir: *No en balde tienen aguijon las abejas.*

ANTONIO TALTAVULL.

EN PALESTINA

El apicultor Baldensperger, escribe al *Journal* de Londres desde Jopa, puerto de mar de Jerusalem, con fecha 7 de mayo:

«El cultivo de la vid se estiende con rapidez y ha hecho grandes progresos estos últimos años, especialmente en las colonias alemanas establecidas por Rothschild, y habitadas por los judíos que han emigrado de Rusia y otros países. Estamos invadidos por los descendientes del padre Abraham, venidos también de la Armenia hasta tal extremo, que se vé uno tentado á creer en la restauracion del reino de Israel. Está bien, siempre que no se nos aplique la ley de Moisés de matarnos á pedradas y de que á todos los canaanitas se los pase á cuchillo.

El judío no es amante de cultivar la tierra, por lo tanto esto lo deja para los naturales que con ello prosperan bastante. Los hijos de Isaac y los de Ismael se entienden como buenos amigos, el primero posee los cuartos y el segundo brazos robustos... Si el judío no es trabajador, ninguna culpa tiene, pues que después de su cautiverio en Egipto se le sumió durante cuarenta años en el desierto, comiendo las perdices que á sus piés caían y el maná que de los árboles llovía. Pero si en verdad el judío no es práctico como cultivador, en el manejo de los chismes lo es y no poco. Las instalaciones que se efectúan en sus colonias son de lo mejor.

La maquinaria para la fabricacion de vinos y otros artículos trabaja al vapor (cosa rara en la Palestina), y todos los adelan-

tos modernos los reciben de Europa. Depósitos de vinos y alcoholes se hallan por todas partes, y sus criaderos y jardines dan surtido á miles de árboles, flores y plantas. La apicultura se halla representada por tres ó cuatro individuos, dos de los cuales han adoptado nuestro sistema de colmenas. Ha poco llegó un jóven discípulo del gran apicultor alemán Herr Dathi, que se ha establecido en una de esas colonias del baron de Rothschild, para dedicarse á la apicultura moderna por medio de las colmenas alemanas.

La miel cosechada por esos apicultores judíos rara vez pertenece á una sola clase de flores, pues que durante la corta melada sacada de una especie particular que dá buena miel, vienen sus dias festivos á interrumpir el trabajo del esmelador, á veces suspendiéndose las labores durante ocho ó diez dias. La especie primera acaba y es sucedida por otras flores que muy fácil den miel inferior. Así es que la miel por ellos cosechada no se esporta, sinó que se vende en el mismo local.

Hay cuatro colonias alemanas: una en Jerusalem, dos en Jopa y otra en Carfa, todas fundadas por los alemanas del sur, también habitadas por alemanes y rusos que al principio se marcharon á América, y después vinieron á reunirse con su gente en Palestina. Esto data del año 1870-71, cuando emigraron en masa y vinieron á este país á reedificar el «Templo», adoptando el nombre de Templarios.

Forman una secta separada y niegan la divinidad de Cristo, sustituyendo al bautismo con «la presentacion de sus niños al Señor», así como se usaba en el Templo de Salomon por los judíos de entonces. No poseen sacerdotes, sino que uno de entre ellos es escojido para llevar la batuta los domingos y dias festivos, que son muchos. No poseen iglesias exclusivamente dedicadas á la oracion, pero tienen un edificio que llaman «Saâl», que sirve indistintamente para reuniones, conciertos y teatro. Habían abandonado su nacionalidad alemana, pero como su gobierno los amenazó con retirarles su proteccion y abandonarlos á las caricias de los musulmanes, volvieron sobre sus pasos, se alemanizaron otra vez, y hoy dan anualmente un contingente de jóvenes para el ejército. Esta proteccion vale la pena, porque la promesa hecha á Abraham de

que «tu semilla será como la arena del mar», parece que á ellos es también aplicable, dado su grado de fecundidad.»

TRADUCCION INTERESANTE

¿Habrá en ella algo de verdad?

Repetidas veces hemos hallado en los diarios ingleses casos en extremo curiosos referentes al duelo ó sea manifestacion de pésame, por las abejas demostrado cuando la muerte de su amo y señor. ¿Será pura casualidad, ó será que la abeja de miel posee el instinto de cariñoso recuerdo hacia el que tantas veces le ha prodigado sus más atentos cuidados? De que durante el sepelio las abejas á veces se hayan aglomerado sobre la tumba del que fué su amo y señor, la historia nos dá varios ejemplos y casos prácticos. Suponemos que este suceso datará de los tiempos de Virgilio, si bien no recordamos haberlo leído en sus *Geórgicas*, que tan bellos rasgos nos dan de nuestros insectos favoritos.

A nosotros nos ha sucedido más de una vez, al volver de nuestro Apiario de Santa María, hallar á alguna de nuestras trabajadoras en el camino y de ella recibir muestras inequívocas de su reconocimiento y consideracion. Estos son casos escepcionales, desde luego, que solo sirven para demostrarnos el inteligente alcance de nuestro himenóptero y su alto grado de comprension.

Y sin más preludeo vamos á traducir lo que dice el *Kansas City Times*, diario profano en la materia:

«UN ENJAMBRE SOBRE UN ATAÚD

Un suceso muy estraño tuvo lugar ha poco durante el entierro del hijo del señor Carson. Camino del cementerio un enjambre de abejas se posó sobre el ataúd. Llegado este á su destino se trató de desalojar las intrusas pero en vano, y los conductores tuvieron que hacerse cargo del ataúd con las acompañantes abejas. Todos los interesados sufrieron más ó menos pinchazos antes de que se lograra dar sepultura al ca-

dáver. Las abejas seguían tan apegadas al ataúd que al fin muchas de ellas fueron sepultadas con el féretro del mancebo.

El jóven difunto fué muy aficionado á las abejas, y sea que estas desearan manifestar su pena por la pérdida de su jóven amigo, ó cual fuese el verdadero significado de esta demostracion, esto es un misterio que no logramos descifrar.»

En los tiempos anteriores y posteriores á Virgilio, y hasta en nuestros tiempos, se trata á veces de la maesa en sentido masculino. «El Rey» es el que manda la colmena, y los machos son los músicos. Y si bien nuestro poeta Mantuaño era muy inteligente y notable observador de los trabajos de nuestras protegidas, ó sea las abejas de miel, nunca le pasaría por la mente quizás el suponer que el jefe supremo de la colmena perteneciera al sexo débil. Así es que cuando sucede una cosa por el estilo del acontecimiento ya mencionado, nuestro poeta carga la responsabilidad sobre Su Magestad masculina. Óiganle ustedes:

«Todo es paz, vivo el Rey todo concordia;
Faltando el Rey, ellas sus pactos rompen,
La acumulada miel meten á saco,
Y las tegidas tiendas desbaratan».....

«El Monarca dirige los trabajos,
Él es reverenciado; de él en torno
Los súbditos se agrupan
En densas filas con rumor confuso;
Y alzándole en sus hombros muchas veces,
Por él ponen el pecho á adversos tiros
Y honrosa muerte entre los golpes buscan.»

NUEVA INCUBADORA

Un apicultor francés acaba de descubrir una incubadora que no es del todo nueva, pues que ya ha sido utilizada en otras ocasiones por varios ingleses y alemanes. No obstante vale la pena de relatar hecho tan excepcional, y lo haremos valiéndonos de la descripcion suministrada á *L' Apiculteur* de París.

El señor Beaune de Ville-sur-Fère (Aisne) halló mientras sagaba un nido de perdices de catorce huevos, y algunas ya r acidas. Determinó dicho señor hacer el ensayo de salvar los huevos, colocándolos sobre un fuerte enjambre. Arregló pues la colmena de manera que puestos unos materiales calientes sobre los cuadros, descansasen los huevecillos inmediatos al nido de cría de las abejas. Cubrióles cuidadosamente con igual espesor de envolturas, y encima de todo llenó la colmena de paja de cebada. Ocho días después y sin tocarlos, tuvo la alegría de hallar los catorce huevos convertidos en otras tantas pequeñas perdices.

El apicultor colocó enseguida á sus pequeñas protegidas en un cajon cerca del fuego, alimentándolas con pasta de huevos de hormiga y yema de huevo. Vueltas á la colmena logró de esta manera conservarlas cuatro días, cuando no deseando seguir la broma las regaló á uno de sus vecinos.

Añade á este relato el diario parisién, que no se estraña del éxito obtenido, porque la temperatura de una colmena moderna es precisamente la que se necesita, poco más ó menos, para la incubacion. El calor un tanto cargado de humedad que es el *sine qua non* de la buena incubacion, también lo posee la colmena, de manera que solo un poquito de cuidado y paciencia son necesarios para un éxito completo.

Lo curioso del caso es el hecho mencionado por monsieur Beaune, de que no tuvo ningun cuidado de cambiar de position á los huevos, á pesar de lo cual todos nacieron.

Añadiremos al precedente relato lo que nos cuenta el alemán Herr Vonhausen tocante al mismo asunto. Parece que uno de sus compatriotas, Herr Apel, ya había hecho el ensayo con buenos resultados. Y se fijó el Tedesco en los grados de calor indispensables. El piso superior de la colmena, nos dice dicho señor, oscila entre 86 y 90 grados fahrenheit, el calor necesario para que la miel en los panales se conserve líquida, y esos mismos grados de calor son los indispensables para una buena incubacion.

Una docena y media de huevos de perdiz sirvieron admirablemente para este ensayo. Como es sabido el tiempo usual es de veintiseis días, pero nacieron—dieziseis de ellos—en catorce

días, prueba de que la madre los había cuidado una docena de días antes de morir ó que la mataran.

Un segundo ensayo con doce huevos quitados á la madre, dió al cabo de seis días doce perdices. El alemán entregó á cada puesta su caudal á una gallina llueca, la que los cuidó perfectamente.

Vistos estos resultados satisfactorios, el inglés Harold Twentymán, hombre que al parecer tiene un criadero de gallinas Bantams, determinóse á ensayar los huevos Bantam, de cáscara muy delgada; y colocando quince de ellos en una buena colmena, tuvo la satisfacción de sacar doce pollos, no resultando fecundados los tres restantes. Al señor Twentymán le parece muy bien esta clase de incubadoras, porque dice que siendo los huevos Bantam delgadísimos, las lluecas los rompen con demasiada frecuencia. Además, dice, amenudo hay gallina que abandona el nido ó se muere, y en tales casos, la incubación por medio de las abejas sería muy ventajosa; sobre todo, cuando el gasto es nulo, y el servicio de bastante importancia y de valor práctico.

Nota de la Redacción.—Vamos á ver cual de nuestros aventajados apicultores se lleva la palma en esta clase de incubadoras. Yo ya me figuro quien vá á ser el desbarbado, pero la prudencia me veda decirlo. A su debido tiempo la REVISTA APÍCOLA tendrá mucho gusto en manifestároslo, queridos lectores.

UNA CRISÁLIDA COMESTIBLE

Los chinos se deleitan en las crisálidas de los gusanos de seda que nosotros, después de hilar los capullos, desperdiciamos.

Lean ustedes lo que nos cuenta el misionista Pere Favand, de su manera de cocerlos:

«Durante el largo tiempo que he pasado en la China he visto comer y yo mismo he comido las crisálidas de los gusanos de seda. Puedo asegurar que es un alimento sumamente estomacal, que fortifica y refresca, y que las personas debilitadas usan con éxito.

»Después de hilados los capullos, se toma una porción de crisálidas y se las cuece á la paella para que la parte acuosa se evapore. Se les quita la cáscara ó sobre, con mucha facilidad, y queda entonces espuesto á la vista unas pequeñas masas amarillas parecidas á los huevos del carpo aglomerados. Se fríen estas en manteca ó aceite, y luego se bullen con caldo de carne ó de gallina.

»Cinco ó seis minutos después se machacan con una cuchara de madera teniendo cuidado de bañarlo todo de manera que nada reste en el fondo. Entonces se baten algunas yemas de huevo, en la proporción de 3 por 100 crisálidas, y se vacía la mezcla, resultando una bella crema dorada de un gusto exquisito. De esta manera se prepara la mezcla para los mandarines y los ricachos. En cuanto á los pobres, después de freir las crisálidas por completo y quitádoles las cáscaras, se vuelven á freir en aceite ó en manteca con un poco de sal, pimienta ó vinagre; y por fin, también las comen tal como son en arroz, siempre cuidando de despojarlas antes de la piel.»

Apunte del Traductor.—Puede que ese exquisito manjar sea preferible á muchos de nuestros guisados—porque el hombre á todo se acostumbra—pero y el desastroso resultado de la guerra con el Japon, ¿no podría ser debido al consumo en demasía de esa clase de comestibles? Nosotros aconsejamos á los apicultores y sericultores españoles que si tuviesen empeño en aprovechar este nuevo género alimenticio, lo mezclen con una buena dosis de miel de sus colmenas. Así al ménos dulcificarán la píldora.

LA ABEJA JIGANTE

No entusiasmarse

Tendrán presente nuestros lectores el caso de cierto americano, quien, pocos años há, se ofreció á suministrar reinas *púnicas* á sus clientes por el precio modestísimo de 50 duros ó sean 250 pesetas cada una!... Las denominadas *púnicas* resultaron ser de la raza negra importada del Africa—de Túnez y

de Algeria,—raza que no vale la pena seguramente de introducirse en ningun país civilizado,—que á semejanza de la de Menorca, debiérase desterrar cuanto antes por sus malas cualidades y su genio levantisco *á lo rifeño*.

Pues señor, ahí viene un entusiasta del país de las maravillas, ofreciéndonos otra novedad en forma de «la abeja gigante de la India», mas dócil que las italianas (sopla) y que con estas cruzada dobla la cosecha de miel.

«La abeja gigante solo echa un enjambre... Las princesas son fertilizadas en la misma colmena ó en el suelo. Póngase una reina negra ó italiana en una jaula con un macho indiano, y se la fertilizará al momento. Más, un macho basta para cuatro reinas,» etc. etc.

El primer apicultor inglés, en vista de tan pomposo anuncio, aconseja á sus lectores no se entusiasmen demasiado, y no titubea en mantener que todo lo arriba dicho es pura falsedad. Veremos en que para este negocio.

PERROS, ABEJAS Y HORMIGAS

Ensayos del célebre Sir John Lubbock

Nuestros lectores recordarán los ensayos de este señor con las hormigas, durante largos años de observacion. El nombre de Lubbock es de todos conocido. Es hombre eminentemente científico, miembro de la nobleza y del Parlamento inglés; y su genio investigador nos proporciona á veces ratos de expansion; por lo cual no titubeamos en traducir algunos párrafos de un discurso por él pronunciado el 26 de noviembre, ante el colegio de trabajadores de Londres, cuya presidencia ocupa el señor Lubbock.

«Todos estamos conformes en cuanto á la inteligencia del perro; sin embargo yo dudo de que se le pueda hacer comprender el hecho de que dos y dos son cuatro. Él mismo lo había ensayado con su perro. Colocó dos pedazos de carton, uno en blanco y el otro con las palabras *comida* escritas á la vista, en dos platos, uno vacío. Necesitó diez dias para comprender el letrero. Entonces se colocaron los cartones en tierra,

dándole de comer al traer el marcado y negándosele en caso contrario. Necesitó un mes para distinguir el caso. Perdió Lubbock seis meses inutilmente en hacerle distinguir los colores. Deseaba saber si los animales tenían los mismos sentidos que los hombres.

»Había pasado años estudiando las costumbres de las hormigas. Eran esas unas comunidades numerosas, faltas de política y de parlamentos. Educaban á sus pequeñuelas sin ayuda de nadie y sin comisiones de ayuntamiento. No obstante, se lo pasan muy bien y se conocen mutuamente de una manera maravillosa. Si se coloca en un nido á una hormiga extraña, se la ataca al instante, pero separando el nido en dos durante año y medio, y después devolviendo á alguna, se la respeta y trata bien.

»Tocante á sus sentidos, no pudo obtener ninguna prueba de que ni las abejas ni las hormigas oigan los sonidos. Hizo varios ensayos para averiguar si las hormigas podían comunicarse por este medio con las de cierta distancia, pero todo en vano. Parecía que nó.

»Ensayó con las abejas para ver si poseían más oído, colocando miel sobre una cajita de música. Durante quince días continuó el ensayo. Al ver la cajita volvían, y no de otra manera, no haciendo ningun caso del sonido.

»Por otra parte estaba seguro de que las abejas sabían distinguir los colores. Lo probaba la misma existencia de las flores, y el ensayo de colocar miel sobre papeles de varios colores también lo confirmaba. Para averiguar si su vista era tan limitada como la nuestra, hizo muchos ensayos, concluyendo por asegurarse de que ellas lograban distinguir rayos de luz que nosotros no apercibimos.

»Puede ser muy bien que el mundo familiar para nosotros, no lo sea para esos y demás animales; puede que vean colores para nosotros invisibles y que oigan ruidos para nosotros ignorados. Notar sus costumbres, estudiar sus instintos y sus inteligencias, averiguar lo que nuestro mundo les parece, era de verdadera importancia para la historia natural, dándonos la llave de sentidos y percepciones del cual ahora nada sabemos.»

LA MIEL MENORQUINA

Y SU PORVENIR EN LOS AÑOS VENIDERS

El triunfo por nosotros alcanzado este año y el anterior con nuestras enormes cosechas de finísima miel, ha puesto en evidencia la bondad del sistema movilista y la superioridad de las grandes colmenas sobre las de pequeña cabida. De las rutinarias de nuestros colonos no hay que hablar. Para ellos y para algunos apicultores á la moderna (sic) poco monta que sus colmenas sean de mimbres ó de madera. Donde no hay cacumen no cabe el movilismo, si bien representa este un progreso innegable.

Ahora bien. Procuremos averiguar en primer término el por qué de nuestro buen éxito y la causa del relativo fracaso de nuestros vecinos. Todos hemos cosechado miel en grandes ó pequeñas cantidades. Todos ó casi todos hacemos uso de igual clase de colmenas; entónces en qué consistirá que para unos la cosecha es de primer orden y para otros de inferior calidad ó cantidad?

Débase lo último, á no dudarlo, primero, al poco ó ningun cuidado del llamado apicultor—á su descuido, por mejor decir—; segundo, á la falta de inteligencia; tercero, á la estraccion sin piedad de *todos* los panales de miel; y cuarto, á lo diferencial del terreno en que se halla colocado el apiario.

Por ejemplo, ahí tienen ustedes nuestro apiario de Barbachí en el término de Mercadal. Este corre á cargo del inteligente apicultor don Juan Andreu. Consiste de 18 colmenas y solo posee el cuidado indispensable para su buena marcha, pues que la distancia no permite mayor pérdida de tiempo. También nuestro apiario de Santa María contenía este año 18 colmenas. Y á pesar de que lo tenemos muy á mano y que ningun incidente en éste se nos escapa, el de Barbachí nos ha dado once quintales (aún dará más) y el de Santa María seis y medio—poco más de la mitad en cantidad, y en cuanto á calidad ni siquiera hay comparacion posible.—La miel del primer citado predio es la perfeccion misma; la de Santa María posee mas *bouquet* pero es de color mas subido, y por consi-

guiente su precio baja á medida que sube su color un tanto marcado.

—¿Que nosotros poseemos la raza italiana, que mezclada con la menorquina, dá resultados sobresalientes?... Sí, señores; esto es cierto. Igual lo podían tener ustedes con solo gastarse algunos cuartos. Pero lo chocante de todo esto es el hecho de que nuestras italianas las tenemos solo en Santa María, que á pesar de su relevante trabajo tan atrás se han quedado, y que en el predio Barbachí no existe una sola abeja italiana—todas son negritas de *pur sang*. Esta teoría pues se viene al suelo.

¡Caracoles! Si en el interior nosotros tuviésemos el tiempo suficiente y la paciencia sin acabar para transformarlo todo en italianas y además cuidarlas debidamente, ¿qué no sacaríamos de aquéllas tierras y de aquéllas colmenas que sin los esfuerzos indispensables de todo buen apicultor, nos dán la mar de miel y cera?... ¡Qué lástima que en Menorca no existan algunas inteligencias privilegiadas, algunos propietarios lo suficientemente desprendidos para transformar esta industria, hasta hoy tan limitada, en fuente de esportacion y de riqueza!

VARIEDADES

El Zaragozano

Nosotros los apicultores de las Baleares somos muy aficionados al Calendario que publicado en Palma de Mallorca, lleva el nombre no obstante del Zaragozano. No sabemos con que fundamento se le llama «único y exclusivo»; pero lo cierto es que es una publicacion muy útil é interesante, consultada por todas ó casi todas las familias de nuestro pequeño archipiélago.

Naturalmente, al ojear cada nuevo ejemplar, nuestra atencion se fija en la parte que más nos interesa, es decir, á lo que tocante á nuestra *roqueta* se publica. Pasamos pues á la página que trata de Menorca, y con cierta sorpresa leemos algunos datos referentes á nuestra historia que por su originalidad no pueden menos de chocarnos.

Dice el ilustre Zaragozano-mallorquín, entre otras cosas,

que no tiene el caracter de nuestros habitantes mucha semejanza con el que manifiestan los de la Balear mayor; «más si en este punto existe tal deficiencia en aquellos moradores, (¿qué deficiencia será esta, de la que nos tacha el único y exclusivo Zaragozano?) por otro concepto debe decirse que son honrados,» etc. etc. Gracias señor elefante. Si nuestras deficiencias son todas por el estilo, menos mal.

Pero la noticia más estupenda relacionada con la emigracion de nuestras clases menesterosas al extranjero, dice así:

«En todas partes se encuentran numerosas colonias de menorquines, existiendo en el estado de Nueva York, no lejos de Mobila, un pueblecito formado exclusivamente por menorquines, en el cual se habla la lengua de este archipiélago y se siguen sus costumbres.»

¡Hombre, hombre! ¿No estudia usted la geografía terrestre á igual de la celeste? Porque decir que «en el estado de Nueva York, no lejos de Mobila» pasa todo esto, es una noticia tan estupenda y garrafal, que—vaya—no cabe en una publicacion que nos tacha de deficientes.

Si la REVISTA APÍCOLA afirmara con todo aplomo que Palma no está lejos de Moscow ó de San Petersburgo, ¿qué dirían ustedes? Pues lo mismo dá. Y lo chocante es que no existe el tal pueblecito ni en el estado de Nueva York ni en la ciudad de Mobila.

A ver si el sabio Zaragozano-mallorquín enmienda sus crónicas locales, que no es esta la primera vez que tropieza.

*
* *

El nuevo forrage de Wagner

Vemos por el *Boletín Meteorológico* que nuestro amigo y suscriptor don Vicente Martínez de Pinillos, cuyas interesantes correspondencias apícolas recordarán nuestros lectores con gusto, se dedica actualmente al cultivo del nuevo forrage en la provincia de Logroño.

Como dicho forrage puede ser de gran utilidad para los terrenos áridos, y resiste á las sequias más pertinaces, nosotros suplicamos á nuestro distinguido apicultor se sirva remitirnos algunos detalles para la REVISTA APÍCOLA, máxime cuando dicha planta florece en una estacion ingrata (de junio á otoño) y su florescencia es rica y abundante en miel fina y sabrosa.

Si dicha planta tiene éxito en Menorca, sus agricultores podrán desde luego agradecerlo á nuestro amigo el señor Martínez DE PINILLOS.